

ALGO más de veintiséis años de cárcel. Concretamente veintiséis años, ocho meses y un día solicita del Tribunal el abogado —acusador privado— Juan Ortiz de Urbina para el fascista argentino Jorge Cesarsky. El fiscal, por su parte, se mantiene en la petición de diecisiete años, cuatro meses y un día de reclusión. El defensor, naturalmente, aclara que Cesarsky es inocente y espera la absolución. En la Audiencia Nacional finalizaba, el sábado pasado, la vista contra Cesarsky. Era el primer juicio del posfranquismo contra las Policías paralelas.

Cierto que en el banquillo sólo se sentaba un extranjero, y que el presunto autor de la muerte del joven obrero Arturo Ruiz —el 23 de enero de 1977— está, según algunas versiones, en Argentina. Cierto también que las referencias a los servicios de información paralelos son poco claras. Pero, tras la figura histriónica de Jorge Cesarsky se adivina, apenas se entrevé, todo el aparato represivo del franquismo, mantenido en difícil equilibrio por Arias Navarro a la muerte del dictador.

Aquella mañana de un soleado enero madrileño, Jorge Cesarsky, en compañía del fascista italiano Stefano della Chiaie y de José Fernández Guaza, conocido en el mundillo de la noche madrileña como "El Posturas", salió dispuesto a acabar con la "subversión". La tarde anterior, en una cafetería próxima a la Telefónica, se reunían algunos de los más destacados fascistas españoles con la gente de los servicios paralelos, con los del SCOE (Servicios de Coordinación, Organización y Enlace). Las manifestaciones populares a favor de la amnistía para los presos políticos comprometían al sistema. Había que "reducirlas". En la calle Rey Francisco, 21, de Madrid (sede del SCOE desde que en 1974 hubo el atentado a la calle del Correo, su antigua oficina), se reparte armamento. Hay una estrecha colaboración entre fascistas españoles, italianos y las nuevas Policías latinoamericanas.

Cesarsky había adquirido una mínima notoriedad unos meses antes. El Primer Congreso del PSOE en la legalidad después de la muerte de Franco, convoca en



Jorge Cesarsky es la cabeza visible de los servicios paralelos, el antiguo SCOE.

Cesarsky y las policías paralelas

FERNANDO GONZALEZ

Madrid a la socialdemocracia. Olof Palme es recibido en Barajas por sus correligionarios e, inesperadamente, por Jorge Cesarsky. Tiene éste una veta cómica: se presenta en el aeropuerto con una gran hucha pendiente del cuello, remediando al sueco cuando, en los estertores del franquismo y siendo primer ministro, organizaba colectas para las familias de los ejecutados españoles. Cesarsky, coreado por la muchachada de Fuerza Joven y la inevitable tropilla de "los servicios", agitaba su hucha exageradamente. Pedía con gesto burlón "para las familias de las Fuerzas del Orden asesinadas por la democracia". Si el argentino hubiese detenido ahí su mascarada pocos españoles sabrían hoy de su existencia. Eran los últimos días de 1976 y en Gobernación aún quedaba la huella de las férreas posaderas de Ma-

nuel Fraga Iribarne. Martín Villa se ahogaba entre los servicios paralelos, que después llegaría a transformar.

El homenaje

En los locales de Fuerza Nueva, en la calle Núñez de Balboa, de Madrid, se aplaude con interés al "simpático argentino de la hucha". Brazo en alto, en la mejor postura mussoliniana, Blas Piñar, Pedro González-Bueno y algunos líderes del fascismo aclaman a Cesarsky. En su entorno, gente de los "servicios" con camisa falangista y pistola en el sobaco. En los salones es frecuente reconocer a José Fernández Guaza "El Posturas", con su impecable chaqueta Príncipe de Gales y el caballo cuidado; a su novia, a Fernández Cerra "El Ojitos", a Angel Sierra, a Mariano Sánchez-Covisa, que

dialoga jocoso con el ya fallecido padre Venancio Marcos. Hay algunos funcionarios de Policía, también gente del G-2 (Servicio de Información de la Guardia Civil). Varios de la Brigada Político-Social, latinoamericanos de la DINA o de la Triple A argentina. Es una fiesta.

El homenaje azuza a Cesarsky. Tiene que seguir en la línea de duro. Por eso, en la tarde del 22 de enero asiste a la reunión de la callecilla próxima a la Telefónica. Stefano della Chiaie está sobre aviso, teme que la "evolución" española permita su extradición a Italia. Mariano Sánchez-Covisa, siempre tranquilo con los jóvenes fascistas italianos, ha montado en la calle Pelayo un taller de transformación de armamento. Silenciadores, equipos de repuesto, todo material de primera calidad. "El Posturas" parece sereno, tiene la protección del G-2, los compañeros de los "servicios". "El Posturas" está suficientemente probado en el ATE (Antiterrorismo ETA, un servicio paralelo en colaboración con otros franceses y gentes de la OAS). "El Posturas" ha evolucionado velozmente. Se adapta a los nuevos tiempos. Maneja con naturalidad su 124 con sonido estereofónico incorporado. Cesarsky tiene el respaldo de los grupos de López Rega, que reside, bajo la tolerante protección de los "servicios", en una urbanización de la sierra.

Por eso, aquella mañana salen todos a la calle dispuestos a enfrentarse con los rojos. Sin embargo, no acaba en esa muerte la intervención de los "servicios". Porque esa muerte "era necesaria", como algunas otras de esos meses. Tras el SCOE se tupe una extensa red de servicios nacionales e internacionales. Cesarsky era una pieza que iba a jugar un papel decisivo. Era el cebo, la coartada y la víctima, como Arturo Ruiz.

El "servicio"

Entre noviembre de 1976 y mayo de 1977 hay un "cambio de manos". El sistema represivo se democratiza sin llegar a destruirse. Una delicada operación de la transición española que aún está sin explicar. El cambio exige desgarrones, gentes que van quedando en el camino como "culpables". Esa es la si-

tuación de "El Posturas", de Cesarsky, de Fernández Cerra—uno de los implicados en la matanza de Atocha—, de Angel Sierra, ahora "huido". De colaboradores se convierten, en pocos meses, en forajidos. No puede extrañar que Cesarsky en el juicio exclamase: "Soy una víctima de los servicios de espionaje". Y realmente lo era, aunque eso no excluye la culpabilidad de su participación en la muerte de Arturo Ruiz.

El SCOE había funcionado desde los tiempos de Arias Navarro y el coronel Blanco. Agrupaba en su entorno a todos los grupos fascistas e infiltrados en la extrema izquierda que actuaban de control y vigilancia del sistema. A partir de 1976 son utilizados en otra misión: provocadores. "El Posturas" huye tras la muerte de Arturo Ruiz. Es identificado en el País Vasco, en una casa-cuartel de la Guardia Civil. El periodista que lo identifica sufre amenazas. Cesarsky es la única pieza que se ofrece a la Justicia. "Creí que Fernández Guaza —dice Cesarsky ante el Tribu-

nal— era policía". No es el primero que lo dice. Los asiduos al "pub" Dickens recuerdan a "El Posturas" enseñando carnets. "Es un social", se murmuraba en el franquismo.

Los "servicios" abandonan a algunos de los suyos. A los que no han sabido democratizarse. Cesarsky ha estado durante el último año efectuando declaraciones dispares, contradictorias. Ante el Tribunal explica que temía amenazas de la COPEL dentro de la cárcel. También teme represalias de los antiguos servicios de López Rega. Cuando se ve la causa Cesarsky niega:

—Las declaraciones que efectué ante el Juzgado, durante seis horas, el quince de noviembre de mil novecientos setenta y siete, fueron falsas. Lo hice por salir de la prisión; habían robado las llaves de la galería y temí que me pudieran matar.

Se le preguntó su contacto con Blas Piñar, presidente de Fuerza Nueva. El argentino no parece ya estar satisfecho de los aplausos de los fascistas españoles. "Sí, al día siguiente de los he-



José Fernández Guaza "El Posturas", juzgado en rebeldía.

chos fui a la notaría de Blas Piñar para otorgar un poder a mi mujer para que continuara mi negocio (seguros médicos). Fui allí —explica quejoso— porque creía que no me iba a cobrar, pero me cobró.

Los testigos

El abandono que los "servicios" van haciendo de su gente, de un sector de ella, obliga a que individuos como Juan Serrano Ramírez (de los comandos ATE), fuese detenido al ser sorprendido un ladrón que había entrado en su domicilio, en Villaviciosa de Odón, y declarar que en la casa de Juan Serrano había un depósito de armas. Serrano y Cesarsky se encuentran en prisión. También allí estará Angel Sierra.

Cuando se presenta al Tribunal a declarar, Sánchez Covisa parodia a Adolfo Suárez: "Juro y prometo, porque puedo prometer y prometo...". José María Mazarra de la Torre, que fue detenido por tenencia ilícita de armas y conocido ultraderechista, llegó irónico al Tribunal: "Es igual, para lo que vale un juramento en la España de hoy...". Cesarsky y su abogado, Alfonso de Lara, se aferraron a la tesis de que aquella mañana el acusado llevaba una pistola detonadora, y con ésta fue con la que hizo falsos disparos al aire para amedrentar a los manifestantes. Un funcionario de Policía declaró que aquella mañana se encontraba de guardia en los locales del SCOE —adonde asistía con frecuencia Gonzalo Fernández de la Mora, hoy diputado por Pontevedra y ex ministro de Franco— cuando vio a Cesarsky al regreso de su patrullaje contra la manifesta-

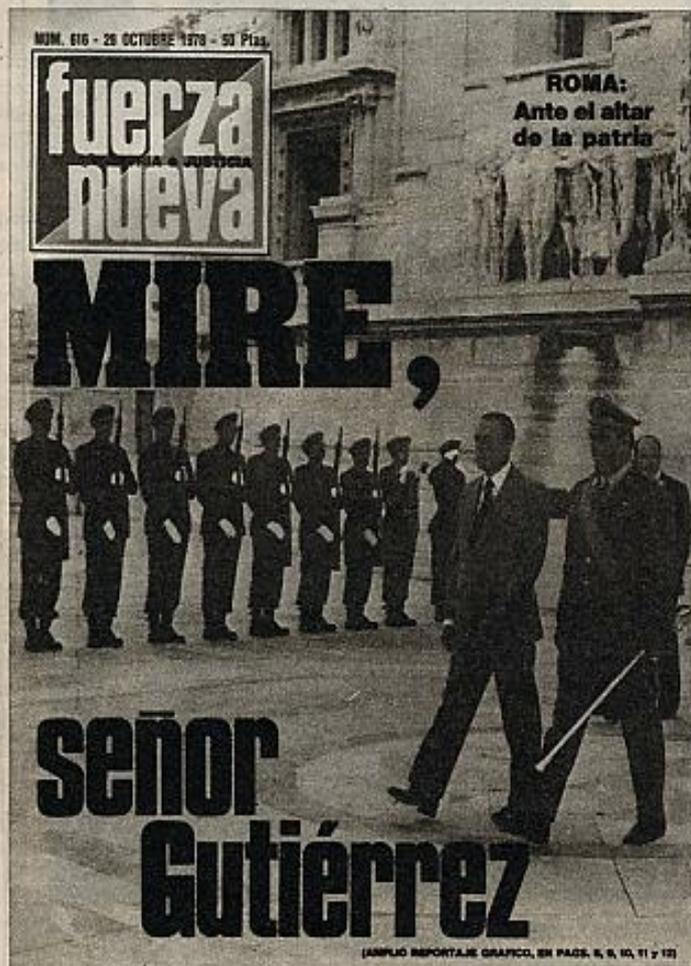
ción. Asegura el funcionario, Antonio Lama, que Cesarsky mostró un arma de donde cayó una bala de calibre corto.

—Esto forma parte de la conspiración contra mí —se defendió Cesarsky—, como chivo expiatorio para salvar una organización parapolicial.

Los testigos de la acusación privada fueron categóricos al reconocer a Cesarsky y a José Fernández Guaza, presunto autor material del disparo y juzgado en rebeldía. También declaró José Fernández Cerra "El Ojitos", que se encuentra en prisión acusado de la matanza de Atocha en la misma semana que hubo el asesinato de Arturo Ruiz, el secuestro del general Villaescusa, la muerte de Mari Luz Nájera y de varios policías y guardias civiles. Hay testigos que recuerdan a Fernández Cerra en la contramanifestación. "El Ojitos" negó.

La extrema derecha ha abandonado a su suerte a Cesarsky y a los fascistas detenidos. Nadie quiere tener contactos con los "culpables". Mientras tanto, el semanario "Fuerza Nueva" ataca directamente a Gutiérrez Mellado. Con el título de "Mira, señor Gutiérrez", se recrimina al vicepresidente de la Defensa que mientras en España se prohíbe a ciertos oficiales y jefes de la Legión tomar café con Blas Piñar, en Roma éste depositaba una corona de flores ante la tumba del soldado desconocido escoltado por un coronel, mientras una sección del Ejército italiano presentaba armas. Una extraña paradoja.

Cesarsky, Fernández Cerra y algunos otros pagarán —además de por sus propios delitos— por todos los grupos parapoliciales. Sin embargo, el ex ministro García Hernández, verdadero "motor" de las Policías paralelas en la última etapa del franquismo, continuará en el Consejo de Administración de empresas industriales y Bancos. Otros de los responsables se sientan en los butacones y escaños del Parlamento, protegidos por la inmunidad parlamentaria. Sólo los tontos han permanecido como carnaza ante la opinión pública. En Europa alaban insistentemente "el milagro de la transformación española". Todo quedará cubierto por una capa de maquillaje democrático. ■



Portada de "Fuerza Nueva" con el homenaje a Blas Piñar, en Roma.